

26° DOMINGO- TIEMPO ORD (B) 25/26 de septiembre de 2021

EL PECADO DE LOS CELOS Y LA ENVIDIA

Es muy fácil caer en la tentación de ponerse celoso y envidioso de los demás. Las personas se ponen celosas porque tienen miedo de perder su fama o popularidad. Los celos y la envidia nos llevan a la tristeza por el bien de nuestro prójimo, porque tememos que el bien de otro disminuya el nuestro.

La envidia y los celos han llevado a muchas personas a cometer asesinatos, discriminar contra otros, empañar la imagen de algunas personas y mentir sobre otras. Por ejemplo, Caín mató a su hermano porque el sacrificio de su hermano fue aceptado por Dios y el de no (Génesis 4:3-8). Miriam estaba celosa de su hermano, Moisés y lo criticó, y se convirtió en leprosa (Nm.12:10). Jesús y los apóstoles fueron perseguidos por los escribas y los fariseos a causa de los celos (Mt 27:18; Hechos 4; 5; 13:45). Sintieron que Jesús y los apóstoles estaban haciendo que su importancia entre la gente fuera menos.

Eventos similares son los que escuchamos tanto en la primera lectura como en el evangelio. Josué estaba celoso de que Eldad y Medad también hubieran recibido el Espíritu de Dios. Y Juan no estaba contento de que alguien estuviera echando fuera demonios en el nombre de Jesús. Cada uno de ellos estaba tratando de proteger su status quo. No querían que otros fueran parte de los privilegios que ellos disfrutaban.

¿Por qué Santiago advertía a los ricos y los castigaba? Fue porque no estaban listos para pagar el salario justo y se guardaban su riqueza para sí mismos. Tal vez era una forma de proteger sus normas y estatus para que otros no compitieran con ellos, ¿celos disfrazados?

Moisés le dejó claro a Josué que deseaba que todos recibieran el Espíritu de Dios y fueran profetas. En cierto modo, estaba expresando la mente de Dios. El amor de Dios es para todos, sin discriminación. Significa también que Dios puede usar a cualquiera para hacer Su obra. Todos y cada uno tienen un papel que desempeñar en la salvación de las almas.

Jesús también le dijo a Juan: "No hay ninguno que haga milagros en mi nombre, que luego sea capaz de hablar mal de mí. Todo aquel que no está contra nosotros, está a nuestro favor". Enseñó a Sus discípulos la recompensa de ser generosos.

Jesús nos advierte que debemos acabar con las cosas que conducen al pecado. Ante todo, debemos preguntarnos si estamos llenos de celos y envidia. ¿Somos infelices porque a nuestro hermano o hermana le va bien en la vida? ¿Estoy celoso porque no puedo hacer lo que mi amigo está haciendo? ¿Estamos celosos porque nuestro compañero de clase es más inteligente que nosotros y bueno en los deportes? Debo saber que el bienestar de otra persona, o su progreso no disminuye el mío. Su dignidad no me quita la dignidad. Más bien, los carismas de los demás deberían animarme a explorar los míos y desarrollarlos. Debo saber que Dios le ha dado a cada uno algo para ayudar a los demás, ya que a los setenta ancianos se les dio el Espíritu para apoyar a Moisés a guiar a los israelitas a la tierra prometida.

Cuando me vuelvo celoso o envidioso de otro, me estoy menospreciando a mí mismo y olvidándome de mi propia importancia y valor. Me olvido de mi propia bondad. Es contraproducente y conduce a pensamientos negativos.

Estamos llamados a proteger nuestras acciones y palabras porque pueden desviar a otros. Debido a que queremos disfrutar de nuestra libertad, nos olvidamos de cómo nuestras acciones pueden tener un efecto negativo o positivo en los demás. Jesús

nos habla de la gravedad de causar escándalo: "Quien sea que haga pecar a uno de estos pequeños que creen en mí, sería mejor para él que le pusieran una de esas enormes piedras de molino alrededor del cuello y lo arrojaran al mar".